No la hagas y no la temas

COMEDIA

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO

REFUNDIDA EN UN ACTO POR

RICARDO y WENCESLAO BLASCO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1913

NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS

COMEDIA

original de

EUSEBIO BLASCO

REFUNDIDA EN UN ACTO POR

RICARDO y WENCESLAO BLASCO

Estrenada en el TEATRO LARA el 21 de Noviembre de 1913



MADRID

E. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 dup.

Teléfono número 551

1913

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
GENOVEVA.................	Srta.	Pardo (Mercedes).
LA DONCELLA.............		Illescas (Carmen).
CARLOS....................	Sr.	Peña (Ramón).
EL DOCTOR................		Mora (Salvador).

La acción en Madrid.—Epoca actual



ACTO UNICO

Un gabinete formando dormitorio, al fondo; ambas habitaciones separadas solamente por un cortinaje á medias descorrido, y tras el cual se ven los pies de la cama. Mobiliario elegantísimo que deja adivinar la estancia de una mujer casada, de buen gusto y joven; comodita, mueble escritorio, butacas, otros mueblecitos adecuados y una «chaise longue» ó un gran diván, sobre el cual, al levantarse el telón, Genoveva, en bata, está acostada durmiendo.

ESCENA PRIMERA

GENOVEVA, dormida sobre la «chaise longue». La DONCELLA, levantándose de una silla

DONC. Pues no me había quedado dormida... Juraría que han llamado. (Va á mirar á Genoveva.) ¡Qué bien duerme! Días hace que no descansaba tan bien como hoy. (Mirando un reloj de sobremesa.) Las siete... (Entreabre las cortinas del balcón.) comienza á clarear... y el señor sin venir... ¡Qué hombres, Señor, qué hombres! (Oyese el sonido de un timbre.) Ahora sí que han llamado. (Vase.)

ESCENA II

GENOVEVA, CARLOS, la DONCELLA

CARLOS (Viste de frac. Quítase el gabán, luego los guantes. Dejándose caer en una butaca.) ¡Ay! (A la Doncella.)

Puedes retirarte. (Reparando en Genoveva.) Oye: ¿por qué no se acostó la señora?

DONC. Se empeñó en esperar al señorito y el sueño la rindió.

CARLOS ¡Pobrecilla! ¿Preguntó por mí?

DONC. Esperó al señor desde la hora de comer.

CARLOS Desde la hora... es verdad que yo comí fuera de casa. ¿Y no salió?

DONC. No, señor.

CARLOS ¿No ha ido al teatro Real?

DONC. Vinieron á buscarla la señora generala y sus primas, pero dijo que no estaba buena...

CARLOS ¿No estaba buena?

DONC. Ya hace cuatro ó cinco días que está...

CARLOS Es verdad, es verdad. Te puedes retirar.

DONC. Que descanse el señor.

(Carlos se queda mirando muy serio á la doncella hasta que desaparece.)

CARLOS ¡Esta chica es muy guapa!

ESCENA III

GENOVEVA, dormida. CARLOS

CARLOS ¡Ay, qué rendido estoy! (Se deja caer otra vez sobre la butaca. Saca un revólver del bolsillo.) El condenado revólver molesta de una manera... pero ya se ve, como no hay seguridad! (Lo deja sobre un velador. Unos momentos de pausa durante los cuales Carlos, tendido sobre la butaca con las piernas extendidas á lo largo y mirando al techo con la cabeza apoyada en el respaldo, está como recordando sus impresiones de la noche. De pronto se levanta y dice dirigiéndose al público.) Pero hombre, qué bonitas son todas las mujeres. (Pausa.) Y sobre todo la que acabo de ver en el baile... ¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja!... (Va graduando las carcajadas de menos á más hasta no poder contenerse, y procurando dominarse para no despertar á Genoveva.) Y lo que saben. ¡Uf! Saben de qué color es el aire. (Saca una carta del bolsillo.) Esta carta no se paga con ningún dinero. No, no es esta. (Buscando en todos los bolsillos.) Demonio, yo tenía dos cartas ayer tar-

de, sí, no me cabe duda, dos cartas. (Leyendo.) «Querido Pelín.» Yo me llamo Carlos Mandron, pero en las cartas me llamo Pelín, así no hay peligro aunque se pierdan ó las pesque aquel caballero. (Vuelve á leer.) «Querido Pelin» ¡Grrr! (Riendo.) Mire usted que habérsele ocurrido llamarme Pelín... ¡grrr! ¡Pelín! ¡Pelín! (Como si llamara á un bicho.) ¡Parece nombre de gato! (Leyendo.) «Querido Pelín. Si Cándido no me doblara la edad, si su proceder conmigo no hubiera sido siempre *egoita...*» Aquí falta una s; pero supongamos que dice egoísta. (Leyendo.) «*Egoita* y ocasionado á mi *antispatía...*» Ya pareció la s, no se ha perdido nada!... «á mi *antispatía*; si su boda conmigo no hubiera sido un petexto para apoderarse de mi dote; en una palabra, si yo no fuera tan desgraciada desde que mis padres se empeñaron en que me casara á su gusto y no al mío, de ninguna manera le hubiera permitido á usted escribirme y hablarme secretamente. Nada hay todavía...» ¿Y este *todavía?* Este todavía vale un imperio. «entre usted y yo, pero si por una de esas fatalidades tan *frecuetes*.. frecuentes, en la vida yo he de ser lo que la indignidad de Cándido provoca...»

(En este momento tose ligerameate Genoveva. Carlos oculta rápidamente la carta y se queda parado un momento mirando hacia la «chaise longue.» Después va de puntillas á mirar á su mujer que continúa dormida.)

Duerme como un lirón. (Leyendo.) «¡Ay, amigo mío! ¿Por qué le he conocido á usted? ¿Por qué le he encontrado en mi camino? ¿Debo sentirlo? ¿Debo arrepentirme de ello? porque la verdad es que mi voluntad ayer tan firme, cede ante la fuerza de la simpatía. Sí; ¿á qué negarlo? Ya puedo atreverme á decirle á usted las palabras de la heroína de cierta novela: Tú puedes hacer dichosa una vida infeliz, tú eres acaso quien me adivina y me compadece, tú estimas en mucho lo que él tiene en tan poco, mi corazón está triste y desamparado.» Oh, esto es muy bonito. Esto es muy delicado. Esto no es

novela de folletín; no señor, esto es suyo... ¡Válgame Dios! Cuando uno piensa que todo esto es mentira! Yo quiero á mi mujer, á mi pobrecita mujer, que es tan buena... y ella á mí, no tenemos hijos, no hay lazo que apriete nuestros dos corazones, y tal vez por eso me permito yo estas picardigüelas. Pero indudablemente estas picardigüelas van á durar poco. Esta mujer, que me escribe de esta manera, me gusta y me hace gracia, pero su falta de franqueza me repugna. (Mirando á Genoveva.) Duerme en paz, vida mía, esposa modelo, dulce compañera, ángel de mi hogar, encanto de mi vida. Decididamente esta es la última traición que te hago. (Al público.) Una mujer joven, hermosa, que no tiene caprichos, ni parientes, ni amigos, que sólo piensa en mí... ¡Estoy seguro de que sueña conmigo, que no tiene más pensamiento que su casa tranquila, ni más deseo que hacerme dichoso!... Verdaderamente es una picardía venir á estas horas, olvidarla así, dejarla sola y triste, y enferma... y juro á fe de Carlos... ¡qué egoísta es el hombre! (Mirándola extasiado.) ¡Pobrecilla! ¡Qué sueño tan tranquilo! ¡Qué frente tan serena! ¡Qué encantadora paz! ¡Tú no sabes cuánto te quiero yo, libertino y todo! ¡Cuánto te agradezco el cariño que pones en mí, pensando en mí, tan sólo en tu Carlos de tu alma!

GEN. (Soñando.) ¡Federico! (Dígase como si el sueño fuese muy agradable, pero sin violencia ni esfuerzo. Hay momentos de pausa, durante los cuales Carlos se queda asombrado, inmóvil, confundido ante lo inesperado del sueño que acaba de sorprender. Baja al proscenio, vuélvese á quedar pensativo; pero demostrando el dolor que le ha producido oir aquella palabra. El rostro del actor debe reflejar todo género de dudas,)

CARLOS Ha dicho... Ha dicho... ¿Federico? (Vacila un instante y va corriendo al sofá para llamar á su esposa.) ¡Genoveva! (Genoveva sigue durmiendo. Carlos vuelve á bajar al proscenio diciendo:) No, ¿qué iba yo á hacer? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, Carlos? ¿Qué impresión es esta tan desagradable que en un instante te ha herido el alma como de muerte? (Pausa.) Federico. ¿Quién se lla-

ma Federico? No tengo ningún amigo que se llame así, ni ella tampoco, que yo sepa. (Márquese mucho este «que yo sepa».) ¿Federico? ¿Federico? ¿Quién es? ¿Quién? No lo sé, vamos, no sé quién es. Me ahogo... No tiene hijos, no tiene amigos, no sale de casa... es decir, si no... yo no puedo saberlo todo... yo ignoro tal vez... yo... (Va hacia la «chaise longue» con rabia, se detiene, vuelve á bajar. Hágase esta escena lo más dramática posible.) ¡Me estoy muriendo! (Se deja caer sobre una silla.) ¡De qué le sirve al hombre la inteligencia, de qué el talento, de qué el estudio y la observación y la ciencia adquirida, si no sabe ni puede leer en el fondo de un alma! ¡Si oye soñar á su mujer y no puede adivinar lo que sueña! ¡Federico! ¿Quién es? ¡Si á lo menos hubiera dicho Federico Pérez! ¡ó Federico Angulo! ¡ó Federico cojo, ó Federico tuerto!... Pero no, no ha soñado á voces más que el nombre... lo suficiente para que la duda haya venido á envenenarme el corazón... ¡Oh! Y ahora está hablando con él... le está diciendo algo... acaso me maldicen... paréceme que oigo sus palabras dulcísimas: tú harás dichosa una vida infeliz, tú eres quien me adivina y me compadece, tú estimas en mucho lo que él en tan poco; mi corazón está triste y desamparado. Sí.. Eso le dirá, eso... y sonríe... sonríe... ¡ay! Y si la despierto ya no sabré nada; y si espero á saber más, se callará, porque aun el sueño del delito es cobarde y medroso... ¡Y pensar que ahora sonríe para otro! No, no sueña para mí, no soy yo la grata visión que aparece en la soledad de la noche y encanta y fascina... Dios mío... aquí, en este dormitorio, hay una sombra, una sombra que revooltea en torno del alma idolatrada, que la envuelve en efluvios de amor y en suspiros que vienen de lejos.,. Y esta sombra impalpable, invisible y fascinadora, viene aquí á robarme el amor y la paz, y la felicidad y la vida... ¡Dios mío!... ¡Dios mío... esto es horroroso!... (Sollozando y cubriéndose el rostro con el pañuelo. Después de una pausa y como asaltado de una idea re-

pentina.) Ella es descuidada... (Comienza á revolver con precipitación febril todo lo que hay sobre las mesas. Abre los cajones de la cómoda y del escritorio, en una palabra, registra el cuarto; pero rápidamente y tirando al suelo lo que le estorba ó no sirve á sus indagaciones.) Si hubiera aquí algún rastro. . (Encuentra un papel.) ¿Eh? (Lee.) «Querida Genoveva, esta noche iremos á buscarte.. » Ah, es de su amiga Luisa. (Encuentra otro papel.) ¿Qué es esto? Un patrón. Daría la vida por encontrar algo que me indicara... algo... algo. ¡Ah! Aquí... (Lee.) «Camisas, diez; calcetines, cuatro » Es la cuenta de la lavandera. ¡Nada, Dios mío, nada! A ver si entre las tarjetas... aquí estarán todas sus relaciones... (Coge un joyero donde hay tarjetas y lee rápidamente.) Antonio Vargas, Juan Gor, ¡Federico! ¡Atarés! presbítero. No, este no puede ser. Viuda de... Nada, nada. ¡Federico Pardiel! Ah, no, si es mi suegro... ¿Soñaría con su padre? No, hubiera dicho ¡papá! hubiera dicho.... Nada, nada, es cosa de volverse loco... (Pausa.) ¿Y si después de todo me inquietara sin motivo? Ello es que como no tengo la conciencia tranquila, la menor cosa me alarma y.... ¡Ja, ja, ja!... ¡Es claro! ¡Como soy el señor de Pelín... ja, ja, ja! Me parece que he pasado un mal rato sin causa bastante. La verdad es que se sueñan unos disparates... Yo soñé anoche que me había comido á mi suegra... y que me alegraba mucho. (Pausa.) Sin embargo... ese nombre... no, no, no puede ser. ¡Mi mujer es tan buena! No soy yo, sino Madrid entero quien lo dice... sus amigas, sus conocimientos, sus criados, sus vecinos. Es religiosa, está bien educada, su padre es un Caton... No, no puede ser. Sueña alguna tontería; hay en ella algún fantasma que se llama... así... Bah, bah, mis pecadillos me han vuelto receloso. Duerme, bien mío, que mientras tú duermes mi corazón te vela. Duerme feliz y sueña cuanto quisieres, que los sueños de un ángel nunca pueden ser criminales. Pura es tu sonrisa, dulce tu sueño, más que despierta te adoro yo dormida.

GEN. (Soñando y con pasión.) ¡Federico! ¡Federico mío!

CARLOS (Vuelve á manifestar el mayor asombro. Da un grito ahogado y va corriendo á coger el revólver que está sobre el velador. Corre con el arma levantada hacia la «chaise longue,» pero al llegar se detiene, el revólver se le cae de las manos, lleva entrambas manos á la cabeza, y abrumado por la pena, flaqueándole las piernas, baja vacilante y llorando al proscenio, dejándose caer de bruces sobre el sofá y mesándose los cabellos, dice con voz entrecortada por el llanto.) ¡Ay! ¡Pobre de mí! ¡Qué horrible es la duda! (Pausa larga.)

(Suenan las ocho en el reloj. A este ruido Genoveva se despierta.)

GEN. ¡Eh! ¿Qué es eso?... ¡Nada!... ¡Cuánto soñar! (Incorporándose.) ¿Qué hora será?... ¡Las ocho ya!... ¡Y yo durmiendo aquí!... (Se levanta y va á abrir completamente las cortinas y las maderas del balcón. La luz del día inunda la escena. Carlos se ha levantado y se acerca á ella.) Me has asustado. No te creía aquí. (Va á abrazarle, él la acoge con frialdad. Fijándose en su traje y recriminándole con dulzura.) ¿Hace poco que has vuelto?... ¿Pasaste la noche fuera?... ¿En el Club?

CARLOS (Un poco azorado.) Sí, en el Club...

GEN. ¡Qué mala cara tienes! ¿Estás malo?

CARLOS No te digo....

GEN. (Dándole un empujón como de broma.) ¿Qué tienes, hombre?

CARLOS (Impaciente.) ¡Nada, mujer, nada!

GEN. Jesús, hijo, y qué raro eres.

CARLOS ¡Qué alegre estás!

GEN. Es que estoy mejor, á pesar de haber dormido tan mal. He estado soñando toda la noche.

CARLOS ¡Hombre! ¿Y qué has soñado?

GEN. Mil sandeces.

CARLOS Sí, ¿eh? (Alarmado.)

GEN. (Riendo.) Sí. ¡Ja, ja, ja!

CARLOS (¡Se burla de mí!)

GEN. ¡Ja, ja, ja!

CARLOS ¿Y qué soñaste?

GEN. Una porción de cosas.

CARLOS (Muy enfadado.) ¿Pero las cuentas ó no?

GEN. ¡Hombre! ¿A que te vas á enfadar porque me río?

CARLOS Tales cosas pueden ser...

GEN. ¡Ah! Pues si te vas á disgustar, me callo.

CARLOS Bueno, cuenta.

GEN. Pues he soñado... primero soñé que te habías ahorcado en mitad de la Plaza Mayor... ¡Ja, ja, ja!

CARLOS ¿Yo?

GEN. Figúrate qué tontería. Yo lloraba mucho, pero ahora que lo recuerdo me hace gracia... ¡Ja, ja, ja!

CARLOS (Nada, se está burlando.) Conque te hace gracia, ¿eh?...

GEN. Pues hombre, es claro. ¿No hay más que ahorcarse sin motivo?

CARLOS ¿Y eran esos los sueños agradables?

GEN. No, los agradables eran otros.

CARLOS ¿A ver, á ver?

GEN. Soñé...

CARLOS Qué...

GEN. No te lo digo.

CARLOS Entonces no será cosa buena.

GEN. (Riendo.) ¡Quién sabe!...

CARLOS Y yo lo debo saber.

GEN. ¡Ah, curioso!

CARLOS ¿No tengo ese derecho?

GEN. Según.

CARLOS ¿Cómo según?

GEN. Hay cosas... de cosas.

CARLOS ¿Tienes tú secretos?

GEN. Tal vez.

CARLOS ¡Genoveva! (Poniéndose de pie y muy en serio.)

GEN. ¡Carlos! (Haciendo lo mismo. Bajan al proscenio mirándose de hito en hito. Genoveva tiene las manos en los bolsillos y de vez en cuando enseña con disimulo una carta.)

CARLOS ¿Conque es decir que tienes secretos para tu marido?

GEN. Todo pudiera ser.

CARLOS ¿Y si no lo fueran?

GEN. ¿Por qué lo dices?

CARLOS ¿Y si yo supiera tanto como tú?

GEN. No te entiendo.

CARLOS ¿Qué ocultas en ese bolsillo?

GEN. (Fingiendo turbación.) ¿Yo?

CARLOS Sí.

GEN. Nada.

CARLOS Venga esa carta. Lo exijo.

GEN. (Con resolución.) Sea, tómala.

CARLOS (Arrebatándole la carta iracundo, y lee.) «Querido Pelín.» ¡Ah! (Estrujando la carta entre las manos y quedándose confundido.) (Torpe de mí. Ya pareció la otra.)

GEN. (Irónica.) ¿Estás satisfecho?

CARLOS Esta carta no es para ti.

GEN. Cómo que es para ti.

CARLOS Tampoco.

GEN. (Cogiéndole la carta y leyendo.) «Querido Pelín, te llamo así según hemos convencdo.» ¿Es para ti?

CARLOS No, ¿quién te la ha dado?

GEN. Tú.

CARLOS ¿Yo?

GEN. Tú, que nuestro propio carácter es siempre nuestro peor enemigo. Eres distraído, haces mal en ser criminal.

CARLOS Pero ..

GEN. ¿No le diste ayer la levita para que Juana la pegara un botón?

CARLOS Sí.

GEN. Yo quise ocuparme en servirte... y para muestra basta un botón: ¿verdad, caballero?

CARLOS ¿Y quién te manda registrarme los bolsillos?

GEN. Hijo, eso no se puede remediar.

CARLOS ¡Pues me gusta!

GEN. ¡Si soy mujer!

CARLOS (Aparte.) Vamos á ver, ¿y ahora con qué derecho la riño? ¡Maldita sea la...!

GEN. Carlos, no se hable más de esto.

CARLOS ¿Eh?

GEN. Te conozco en la cara que te pesa haberme faltado.

CARLOS ¿Yo...?

GEN. Y si no te pesa, peor para ti.

CARLOS ¿Por qué?

GEN. Por que será que te agrade lo repugnante.

CARLOS ¿Qué dices?

GEN. ¿Quieres á esta mujer?

CARLOS No.

GEN. ¿Puedes querer á quien te quiera á traición? Nada, nada, no la quieres. No sé quién es, pero no merece mis celos.

CARLOS Genoveva...

GEN. ¡Cómo debiera castigaros la suerte! ¡Qué mal estimais la propia ventura! Mira, yo no soy literata, pero podría probarte que el hombre es un desdichado sin gusto y sin delicadeza.

CARLOS ¿Por qué?

GEN. Porque casi nunca sabe apreciar el corazón que le damos.

CARLOS (¿A que me convence?)

GEN. Somos como las flores, como ellas delicadas, como ellas infelices.

CARLOS (Se me está poniendo carne de pollo.)

GEN Flores de un día, bellezas pasajeras, muy pocas son las que guardamos siempre como prendas de amor ó como recuerdos queridos entre las hojas del libro de oraciones ó adheridas al perfumado paquete de cartas adoradas. Muy pocas son las que en el breve espacio del alba al crepúsculo consiguen ir á poder de quien las ame y las tenga cariño. Y así las mujeres, que son vuestra vida y gala del mundo y encanto de vuestra existencia, nacen y mueren ó ultrajadas ó no comprendidas; que son sus corazones como las flores, nacidos para el amor y destinados al que los juzgue en menos. La más delicada es para el más grosero, la más honesta para el más libertino, la más ideal para el más material, la más inocente para el más celoso. ¡Bien hayan los seres que se buscan sin conocerse, que se encuentran para adorarse, que firman sus esponsales con la primera mirada y que aseguran toda su existencia feliz en la primera elocuente sonrisa. (Llorando.)

CARLOS ¡Oh! Sí, sí, Genoveva, tienes mucha razón; pero el corazón es un niño caprichoso y mal aficionado... A veces uno se encuentra en el mundo con una mujer que parece convidarle á olvidarse de la que le quiere con el alma. El hombre, en tal caso, es siempre vanidoso y se paga de cualquier cosa. Siempre halaga encontrar una mirada que responde á la nuestra; pero la verdad es que quien tiene un millón en su casa merece perderlo cuando va á buscar un ochavo fuera.

GEN. Sí que lo merece.

CARLOS ¡Ah! ¿Verdad? Vas á ser franca conmigo, Genoveva. Ya ves que yo no quiero ocultarte nada. Tú tan buena, tan pura, tan angelical, has sentido el deseo de la venganza...

GEN. No.

CARLOS ¿Por qué has de negarlo? Has encontrado esta carta, acaso no hacía mucho tiempo que algún hombre te habría dicho: «Carlos no merece que usted le quiera. Yo la estimo á usted más que él, yo la amo á usted con más pasión, con más lealtad, con más nobleza». En fin, esas cosas que dicen todos los pretendientes de las mujeres casadas, ¿verdad, Genoveva?

GEN. (Con extrañeza.) ¡No!

CARLOS ¡Obstinada en negar! ¡Si no he de reñirte! ¡Si estoy seguro que no ha habido más que algunas palabras cambiadas en un salón ó cuatro renglones enviados á tiempo; si yo merecía todo eso! ¡Habla, dímelo todo, yo te lo suplico, dímelo todo!

GEN. ¿Qué quieres que te diga?

CARLOS ¡La verdad, toda la verdad, porque así como tú no puedes creer que yo quiera á otra mujer, yo no puedo creer que tú quieras á otro hombre! ¿Verdad que no, vida mía? ¿Verdad que no ha sido más que un momento de ira; un relámpago de celos? Yo comprendo esa ráfaga de rencor, yo adivino ese momento que un hombre de mundo sabe aprovechar cuando está en pormenores. Acaso ayer mismo, á poco de sorprender tú esta carta, le encontraste en la calle y te saludó más atento que nunca. Acaso tus amigas... ¡Habla, Genoveva, por Dios, habla por piedad, que me estoy muriendo de pena!...

GEN. ¿Pero que estás diciendo? ¿Que discursos son estos? No entiendo una palabra. ¡Si parece que estás haciendo una comedia!

CARLOS ¿No entiendes, verdad?

GEN. No.

CARLOS ¿Eso quiere decir que insistes en negar?

GEN. ¿Negar qué?

CARLOS ¿Que acaso es tarde?...

GEN. ¡Pero hombre!

CARLOS En ese caso yo haré lo que deba, y ya que soñando eres más franca que despierta, yo buscaré á tu Federico de tu alma y le arrancaré la vida como él á mí la honra!

GEN. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

CARLOS ¡Se ríe!

GEN. ¡Ja, ja, ja... grrr! (Es preciso que Genoveva ría de una manera extraordinaria, que se deje caer en una silla, que se levante para cambiar de postura, que haga, en fin, todo lo que haria una persona desternillándose de risa.)

CARLOS (Irritado.) ¡Genoveva!

GEN. ¡Pero hom... grrr, grrr!

CARLOS ¡Ah, misera...! (Dirigiendose á la mesa como para coger el revólver. Genoveva da un grito. En este momento aparece el Doctor en el umbral de la puerta y dice:) ¿Qué es esto, hombre? (Carlos se detiene.)

ESCENA V

GENOVEVA, CARLOS, el DOCTOR

Hay unos momentos de silencio, Genoveva mira con desprecio á su marido. El Doctor va acercándose despacio hasta colocarse entre marido y mujer, y después los mira alternativamente

CARLOS (Á Genoveva.) Déjanos. (Genoveva se marcha. Carlos se vuelve de espaldas con cualquier pretexto, para ir á sentarse, por ejemplo. Genoveva, ya en el umbral de la puerta lateral, se vuelve, va corriendo hacia Carlos, y cuando está junto á él, que no la ha visto venir, le dice con mezcla de ira y de burla:)

GEN. ¡¡Tonto!! (Carlos se vuelve furioso para abalanzarse sobre ella. El Doctor le sujeta. Genoveva se marcha corriendo.)

ESCENA VI

CARLOS y el DOCTOR

DOCTOR ¿Para esto me han llamado ustedes ayer? Pues más procedente hubiera sido avisar al comisario.

CARLOS — Doctor, querido Doctor, sería inútil ocultarle á usted que la paz de mi casa se ha concluído.

DOCTOR — Sí, pero lo peor es que se ha concluído como el rosario de la Aurora.

CARLOS — ¡Por favor...!

DOCTOR — ¡Unas personas tan distinguidas... un matrimonio tan bien reputado, ustedes, en fin, qué nunca han dado que hablar... andando poco menos que á la greña! ¡Y tan de mañana, usted de frac, Genoveva de bata! ¿Qué demonios ha pasado aquí?

CARLOS — No lo sé.

DOCTOR — Pues hijo, pregúntemelo usted á mí.

CARLOS — A usted y á todo el mundo se lo preguntaría.

DOCTOR — ¡Qué cosa tan original! (Riendo.)

CARLOS — Doctor, sé que puedo confiarle mis penas. Nuestro médico es como nuestro confesor, se le puede hablar claro.

DOCTOR — ¡Vaya hombre, hable usted!

CARLOS — ¿Qué opina usted de mi mujer?

DOCTOR — (Sorprendido.) ¿Eh?

CARLOS — ¡La verdad! Yo necesito en este momento verdades y no excusas. Le agradeceré á usted mientras viva esta prueba de confianza.

DOCTOR — ¿Conque usted quiere saber...?

CARLOS — Sí, quiero saber cómo juzga usted á Genoveva.

DOCTOR — ¿Yo?

CARLOS — No me incomodaré, hable usted sin reparo.

DOCTOR — ¿Qué opino yo?

CARLOS — ¿Qué opina usted?

DOCTOR — (Después de un momento de reflexión.) ¡Pues señor, que me gusta mucho!

CARLOS — Señor mío, creí que hablaba con una persona formal.

DOCTOR — ¡Pero, canastos, si no le entiendo á usted! ¡Me hace usted unas preguntas tan raras!...

CARLOS — Lo diré más claro. ¿Cree usted que Genoveva es capaz de ponerme en evidencia?

DOCTOR — ¡Hombre, qué disparate! ¿Ahora salimos con eso? ¡Bien dice ella que es usted todo nervios!

CARLOS — ¿Dice eso?

DOCTOR — Sí, y tiene razón. Usted es de esas personas

impresionables en extremo. No hay más que mirarle á la cara.

CARLOS Pero...

DOCTOR El otro día estuve yo aquí y había un caballero de visita...

CARLOS (Interrumpiéndole bruscamente.) ¿Cómo se llama?

DOCTOR No sé.

CARLOS ¡Usted lo sabe!

DOCTOR ¿Yo?

CARLOS (Irritadísimo.) ¡Usted lo sabe!...

DOCTOR ¡Hombre, acuéstese usted inmediatamente! Está usted muy nervioso...

CARLOS ¡Qué tormento, señor, qué tormento!

DOCTOR ¡Cuidado con usted!

CARLOS ¿Qué decía ese caballero?

DOCTOR Decía: ¡Quién tuviera una esposa como usted!

CARLOS ¿Como yo?

DOCTOR ¡Como ella! (Incomodado al verle tan distraído.)

CARLOS ¿Decía eso?

DOCTOR Y todo el que la conoce.

CARLOS ¿Y usted cree...?

DOCTOR Yo creo que es un ángel.

CARLOS ¿Quién, el caballero?

DOCTOR ¡¡Ella!!

CARLOS ¡A mí no me dé usted voces!

DOCTOR ¡Ea, abur!

CARLOS ¡Espere usted! (Cogiéndole de los faldones.) ¡Espere usted, por caridad!...

DOCTOR Pero amigo mío...

CARLOS ¡Sépalo usted, la he sorprendido hablando de eso!

DOCTOR ¿Hablando de eso?

CARLOS Sí.

DOCTOR Hombre, ¿y qué es eso?

CARLOS ¡Sus amores! ¡Su pasión disimulada, su...!

DOCTOR ¡Ta, ta, ta! ¿Pero criatura, usted ha visto algo?

CARLOS Casi...

DOCTOR Toma, toma, si fuera uno á fiarse de casis...

CARLOS ¡Ay, amigo mío, cómo se conoce que á usted no le han pasado nunca estas cosas!...

DOCTOR Efectivamente, pero es que yo tengo una gran confianza en mi mujer, porque desengáñese usted, en el matrimonio no hay término medio, ó se tiene confianza ó no se

tiene. Para vivir en perpetua zozobra no vale la pena de unirse á una mujer por toda la vida.

CARLOS Pero es que á veces...

DOCTOR Y ahora le diré á usted otra cosa; no hay nada peor que empezar con esas tonterías. Toda sospecha infundada es ofensiva, y cualquier mujer lastimada en su honra llega á decir un día: pues señor, si de todas maneras le parezco culpable, prefiero que tenga razón. Eso se cae de su peso.

CARLOS Doctor, yo he oído algo.

DOCTOR No puede ser.

CARLOS Además ella está celosa.

DOCTOR Pues entonces, aquí del proverbio; no la hagas y no la temas.

CARLOS Además...

DOCTOR Y además, es imposible que piense ahora en nada.

CARLOS ¿Y por qué?

DOCTOR Porque tiene bastante en qué pensar.

CARLOS No importa

DOCTOR Importa mucho. No piensa más que en su estado. No piensa más que en el hijo que Dios la envía. (En este momento aparece Genoveva en el umbral de la puerta.) ¡Todo el día de ayer estuvo pensando en que si es un niño se llame Federico!

CARLOS ¡Eh! ¿Cómo? ¡Eh! ¡Ah! ¡Doctor de mi alma! (Le da un abrazo.)

DOCTOR ¡Cuidado!

CARLOS ¡Doctor de mi vida! (Abrazándole sin cesar.)

GEN. ¡Pero hijo, qué tonto, qué retonto, qué retontísimo eres! (Abrazándole.)

ESCENA VII

GENOVEVA, CARLOS y el DOCTOR

CARLOS (Arrodillándose y muy compungido.) ¡Genoveva!

GEN. (Imitándole de la manera más cómica.) ¡Genoveva! ¡Huum! (Transición.) ¿Con quién había de soñar sino con el hijo de mis entrañas?

DOCTOR ¿Pero qué quiere decir esto?...

CARLOS Nada, Doctor, que la oí soñar y decía: «¡Federico! ¡Federico mío!»

DOCTOR ¡Le parece á usted! ¡Si es usted un niño!

GEN. Un niño mal acostumbrado.

DOCTOR ¡Pues si uno se alarmara por tales cosas!... Anoche soñaba mi mujer á voces y decía: «¡Pelín, Pelín!»

CARLOS / GEN. ¿Eh?

DOCTOR Ya ve usted. Parecía esto un apellido.

CARLOS ¿Y no lo era?

DOCTOR No; luego me ha dicho ella quién es Pelín...

GEN. / CARLOS ¿Y quién es? ¿Quién es?

DOCTOR Un perro de aguas. (Genoveva se echa á reir.)

CARLOS (¡La muy insolente!)

DOCTOR ¡Ja, ja, ja! ¡Ea, que ustedes se diviertan! ¡Que aprenda usted de mí, y no sea bobo!

CARLOS Gracias, gracias. (Se va el Doctor.)

GEN. ¿No te avergüenzas, pícaro?

CARLOS ¡Genoveva, vida de mi vida, Federico será de hoy más el lazo de eterna unión entre tu corazón y el mío!

TELON

OBRAS DE RICARDO BLASCO

¡Agua va! monólogo en prosa.
El último tranvía, (1) pasillo cómico-lírico en verso.
Chocolate y mojicón, (1) sainete en verso.
Pecata minuta, (1) juguete cómico en prosa.
El ratoncito Pérez, juguete cómico en prosa.
Diabolín, (2) comedia de gran espectáculo en verso y prosa.
Aliquid chupatur, juguete cómico en prosa.
¡Te veo, besugo! (1) sainete en verso.
Los sinapismos, juguete cómico en prosa.
Servicio forzoso, juguete cómico en prosa.
¡¡Ladrones!! juguete cómico en prosa.
Isidoro Pérez, juguete cómico en prosa.
La Sonámbula, juguete cómico en prosa.
In artículo mortis, juguete cómico en prosa.
Mamá suegra, comedia en tres actos en prosa.
Morada histórica, comedia en tres actos en prosa.
El amigo, (3) drama en un acto en prosa.
En el teléfono, episodio dramático en dos actos, en prosa.
Máscaras, (4) drama en un acto en prosa.
La castellana, comedia en cuatro actos en prosa.
Morada histórica, comedia en dos actos en prosa.
Entre dos fuegos, (5) comedia en dos actos y en prosa.
El drama de los venenos, drama en cinco actos en prosa.
Luna de miel, (5) comedia en dos actos en prosa.
El revisor, (5) opereta en tres actos en prosa.

El aventurero, comedia en cuatro actos en prosa.
La indagatoria, drama en dos actos en prosa.
La fuga, (6) drama en un acto en prosa.
Un atraco, (6) comedia en dos actos en prosa.
No la hagas y no la temas, (7) comedia en un acto en prosa.

---

(1) En colaboración con D. Angel del Palacio.
(2) Idem con D. Enrique Segovia Rocaberti.
(3) Idem con D. Manuel Bueno.
(4) Idem con D. Luis París.
(5) Idem con D. Emilio Mario.
(6) Idem con D. C. de Batlle.
(7) Idem con D. Wenceslao Blasco.

Precio: UNA peseta